

EN EL CENTENARIO DE SILVA

por

ERNESTO MEJIA SANCHEZ

Suicidarse, y en Colombia, cosa grave. Algo debió tener, algo debió dejar el pusilánime (el valiente que sacó fuerza de la debilidad) para que el decoro de su país no le fuera negado. Y la admiración, que al igual le profesan todos los países hispánicos. No sólo el hermoso rostro barbado, quizá sollamado por el fogonazo, y la marca roja con que el médico amigo le descubrió el corazón. Algo que no se ve, que casi no se ve, unas poesías que han tenido la virtud de conmover a varias generaciones, desde el humilde enamorado hasta don Miguel de Unamuno, por no citar más que unos signos entre la memoria de los hombres.

Unas poesías, y no muchas. Tampoco demasiado pocas para olvidarlas. Las suficientes, y lo suficientemente poesías para formar el volumen imprescindible. Y, entre ellas, las que sirven para la historia, las del manual, las del profesor, las de la antología; pero también las que ayudan a balbucear el amor y a balbucear también la poesía, es decir, las que el lector sabio o el ignaro creen estar escribiendo al momento de leerlas, o que al leerlas creen que las han escrito ellos mismos. La poesía, en fin, que todos llevan dentro, pero que sólo el poeta escribe para todos.

El caso de Silva es doblemente excepcional, primero por su calidad no discutida; segundo, por el modo en que se desarrolla su historia literaria, contra corriente de la historia, y, hasta podría decirse, contra corriente de su tiempo y de sí mismo. Publicó muy poco en revistas y periódicos, casi parece que en contra de su voluntad; sufrió un naufragio en que perdió la mayor parte de su obra; perdió la vida (quiso perderla) y abandonó su obra sin más cuidado en manos ajenas. Todavía hoy no hay textos críticos o definitivos de su poesía. Su obra fue póstuma en gran manera. Su bibliografía primeriza sigue siendo enigmática, por más que tesoneros colombianos le hayan dedicado ocios y desvelos.

Por lo que hace al ámbito hispanoamericano, la obra de Silva tuvo eco difícil o casi ninguno, por lo menos en las revistas de sus compañeros de generación o de tendencias literarias: en la *Revista Azul* y la *Moderna*, que fueron portaestandartes de la nueva tendencia del fin de siglo, no se publicaron poesías suyas. En la primera, en cierta ocasión y cuando

vivía todavía, se lo mencionó como "prosista colombiano", por puro desconocimiento, sin propósito irónico. La primera *Antología americana* que recoge buena parte de la producción de los modernistas (Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1897), no incluye ni un solo renglón. El *Tesoro del Parnaso Americano* (Idem, Casa Editorial Maucci, 1903) publica piezas de 11 poetas colombianos, pero Silva no está entre ellos.

En cuanto a la fama española de Silva, no puede decirse nada anterior al prólogo de Unamuno, escrito especialmente para la edición española de las *Poesías* (Barcelona, Imprenta de Pedro Ortega, 1908); las ediciones bogotanas anteriores a ésta, mencionadas por Onís y García Prada, no parecen haber circulado o existido. El propio Unamuno, en carta a Ricardo Rojas, de principios de 1908, escribía: "Estoy haciendo un prólogo a la colección —primera que se publica— de los escritos de José Asunción Silva, el poeta bogotano". El comienzo mismo del prólogo, deja la impresión de que fuera del recuerdo musical de la poesía de Silva no tiene Unamuno texto impreso a qué recurrir. Si descontamos el sentido obviamente ponderativo de las imágenes musicales, tendremos que convenir en que el prologuista sólo cuenta con "retazos" de los cantos de Silva en su memoria, como los citados por él en el prólogo, que no son muchos por cierto.

"Cuando don Hernando Martínez, colector de los escritos en verso y prosa de José Asunción Silva, me escribió pidiéndome para ellos un prólogo, le contesté no sólo aceptándolo, sino dándole las gracias por el encargo. Me parecía poder decir muchas cosas sobre el dulce poeta bogotano. Y me parecía poder decirlas porque en las lontananzas de mi memoria, entre rumor de hojas secas, susurraban retazos de sus cantos. Su letra se me había volado, pero me quedaba su música íntima, su música silenciosa, música de alas. Mas ahora, con la blancura del papel delante, encuentro tan en blanco como él mi espíritu y apenas sé por dónde empezar". Nadie podrá negar la justa exaltación que Unamuno hizo de la poesía de Silva, para él intraducible al lenguaje de las ideas por ser poesía pura, o música también intraducible; pero aquí sólo queremos subrayar la escasa difusión de la obra de Silva, aun entre los admiradores.

Otro párrafo de Unamuno, perteneciente a un artículo sobre Silva para los lectores de *La Nación* de Buenos Aires, escrito poco después del prólogo, ofrece el mismo tono de reconocimiento exaltado, que tanto contribuyó entonces a su fama en España y América; sin embargo, no hace falta saber leer entre líneas para darse cuenta que la popularidad de Silva, que ahí quiere demostrar Unamuno, está atenuada por uso reiterado de la palabra "alguna", innecesario de subrayar en seguida: "Apenas habrá lector de estas líneas, con tal de ser algo versado en literatura americana

contemporánea, que no haya leído alguna vez alguna de las poesías de Silva que andaban desparramadas y perdidas por antologías y revistas. Hasta hay alguna, como el 'Nocturno', que ha llegado a hacerse famosa en ciertos círculos". No era mucha la fama para 1908, como se ve.

La edición española con el prólogo de Unamuno, el artículo citado en *La Nación* de Buenos Aires, reproducido luego en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, y en *Contra esto y aquello*, del propio Unamuno, en Madrid, 1912, forjaron la verdadera fortuna literaria de Silva en ambas regiones hispánicas. No menos contribuyó a ese noble empeño otro ilustre americanista español, Enrique Díez-Canedo, con su ensayo de *La Lectura* (Madrid, 1909). Después se publicaron en México *Los mejores poemas*, con un comentario de Manuel Toussaint (Cvltvra, 1917) y unas *Prosas*, por García Monge (San José, C. R., 1921). Otra especie de fama póstuma le han otorgado los estudiosos de las literaturas hispánicas: Arturo Torres Rioseco, John E. Englekirk, Max Henríquez Ureña, entre otros, desenrañando las influencias extranjeras que recibió e hizo propias, y las que Silva ha ejercido en las letras de España y América, señaladas por Díez-Canedo y Francisco Villaespesa.

Y aquí comienza su verdadera y actual presencia en las letras de aquí y allá. Además de las antologías y ediciones, cada vez más abundantes, que recogen su voz, la voz casi física de la letra, el canto de Silva está ya presente, incorporado y actuante en la tradición literaria de lengua española. Ya no se escribirán, tal vez, esas proezas rítmicas del "Nocturno" ni las polifonías de "Los maderos de San Juan", los poetas serán quizá menos sensibles a las "vejeces" y a las "gotas amargas", porque técnicas y temas también se gastan, pero queda de Silva un surco fértil, acaso no superado, sinceridad artística, ambición creadora, excelencia verbal, misterio, intimidad, hondura y música, que lo emparentan, *malgré lui*, con los modernistas sus contemporáneos. Y como él y ellos tuvieron esas virtudes en grado sumo, ya no es posible prescindir de ellas en adelante. O habrá que inventar otras nuevas. Silva, modernista *malgré lui*, las inventó cuando fue tiempo de inventarlas y ahora ya están en la circulación de nuestras letras.